

Presentación del director de la RAE

«Príncipe de los bibliógrafos» lo llamó el gran hispanista Marcel Bataillon; bibliófilo también eximio, don Antonio Rodríguez-Moñino merece, por igual, mención de honor en el ámbito del coleccionismo de dibujos y estampas.

Fue en él una afición temprana. No tanto, lógicamente, como la que profesaba a los libros, ya que a los seis años recibió en regalo un ejemplar de *El conde Lucanor* con esta expresiva dedicatoria: «Al niño Antonio Rodríguez, en prueba de admiración por su gran amor a los libros». Incluía aquel ejemplar de las Ediciones La Lectura una serie de ilustraciones que se apresuró a colorear al tiempo que, como documenta su sobrino Rafael, rotuló en letras de imprenta: «Biblioteca A. Rodríguez». Nacía así su vocación de bibliófilo en el más amplio sentido del término. A los diecisiete años, coincidiendo con su incorporación al Centro de Estudios Extremeños, es nombrado bibliotecario auxiliar de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Badajoz, y se encarga de la catalogación de libros del Instituto General y Técnico.

Un año más tarde, en 1928, adquiría ya grabados comenzando una colección que, en su criterio, solo adquirió condición de tal en los años cincuenta. Dado su relieve de bibliógrafo y bibliófilo, pasó esta pasión casi desapercibida a quienes frecuentaban su trato, por más que don Antonio ya había revelado su pasión al publicar las catalogaciones de las estampas de dos grabadores del siglo XVIII: Juan Antonio Salvador Carmona y Diego de San Román y Codina.

Recuerdo muy bien el día, a poco de fallecer su esposa, doña María Brey, en que, en mi condición de secretario de la Real Academia Española, fui a hacerme cargo del extraordinario legado que el matrimonio nos había hecho. Entrar en aquella casa era como entrar en sagrado, en el sagrado de preciosos ejemplares, de obras únicas, de pliegos de cordel, de manuscritos. Y de pronto, la sorpresa: montones de dibujos y estampas.

Depositamos estos últimos en las grandes mesas del antiguo Seminario de Lexicografía y avisé de inmediato a Antonio Gallego, antiguo director de la Calcografía Nacional, para que nos orientara. Al tiempo que iba volviendo estampas y dibujos, palidecía de sorpresa y entusiasmo: «¡Pero si esto es un tesoro!». Como tal decidimos tratarlo. En la preciosa Sala Rodríguez-Moñino—María Brey, situada en uno de los espacios más nobles de la Academia sobre la escalera principal, y que pronto inaugurarían Sus Majestades los Reyes de España, se habilitó el mobiliario adecuado para acoger la gran colección: novecientos noventa y seis dibujos y tres mil setecientas treinta y siete estampas.

El generoso mecenazgo de la Fundación Mapfre nos ha permitido realizar una catalogación completa y preparar una infraestructura de archivo y conservación primorosa. Pocas colecciones se guardan con tanto esmero. La Academia quiso desde el primer momento ser fiel a los deseos del matrimonio, que en su biblioteca habían colocado una placa de plata indicando que aquellos libros estaban a la completa disposición de los estudiosos. Así, nos dijimos, debemos hacer también con lo demás.

A la extraordinaria exposición de dibujos abierta en las salas madrileñas de Mapfre y admirada después en otros lugares de España sigue ahora la de una amplia selección de estampas, que permite hacer un recorrido completo por la historia del grabado a través de los grandes maestros: de Durero y Rembrandt a Goya o Renoir. La colección completa está accesible en la página electrónica de la Real Academia Española (www.rae.es).

Al homenaje callado que a Rodríguez-Moñino y a su esposa tributan a diario quienes en nuestra biblioteca consultan sus libros y papeles se unirá ahora el de quienes contemplen su espléndida colección de estampas, preparada con rigor y con mimo por un grupo de excelentes técnicos y hecha posible por Mapfre, a quien expreso la gratitud de la Academia.

Víctor García de la Concha.
Director de la Real Academia Española.